

apreciar á Wagner á pesar de su nacionalidad. El prejuicio favorable para él estaba creado, y una vez que las gentes iban á Wagner con estas disposiciones, no había ninguna razón para que no ejerciera su acción sobre los histéricos extranjeros como sobre los de Alemania. *Parsifal*, sobre todo, debía completamente subyugar á los neo-católicos franceses y á los místicos anglo-americanos alistados bajo la bandera del Ejército de Salvación; y es también sobre todo con esta ópera con la que Wagner triunfa en el espíritu de sus admiradores no alemanes; oír la música de *Parsifal* ha llegado á ser el acto religioso de todos aquellos que quieren recibir la comunión bajo la forma musical.

Tales son los motivos que explican que Wagner haya primero conquistado Alemania y luego el mundo. La carencia de juicio en la masa que, en la salmodia, recita las antífonas; la imitación de los músicos sin originalidad que veían el éxito de Wagner y se colgaban de los faldores de su levita como los niños que quieren que los lleve uno consigo, todo esto hizo lo que faltaba para poner el universo á los pies de Wagner. De todos los extravíos del tiempo presente, el wagnerismo, el más extendido, es también el más serio. El teatro de Bayreuth, las *Gacetas de Bayreuth*, la *Revista Wagneriana* de París, son monumentos duraderos que permitirán al porvenir asombrado medir toda la extensión y toda la profundidad de la degeneración y de la histeria de nuestro tiempo.

VI

LAS PARODIAS DEL MISTICISMO

Las formas artísticas y poéticas del misticismo que hemos estudiado hasta aquí, pueden inspirar acaso dudas á los espíritus superficiales ó insuficientemente informados en cuanto á su fuente en la degeneración, y presentarse como manifestaciones de un talento real y fecundo. Pero al lado de ellas se manifiestan otras en las cuales se expresa un estado de alma que hace, sin embargo, á las gentes pararse en firme y deja perplejo aun al lector más crédulo y más accesible á la sugestión de la palabra impresa y al charlatanismo que se pone en evidencia con audacia; se publican libros y se afirman doctrinas en las cuales el mismo profano nota el profundo decaimiento intelectual de sus autores. Uno pretende poder iniciar al lector en la magia y poder él mismo hacer sortilegios; otro da una forma poética á delirios bien caracterizados y clasificados por la medicina mental; tal otro escribe libros que recuerdan el modo de pensar y de sentir de niños pequeños ó de idiotas. Una gran parte de las obras á las que me refiero al decir esto, justificaría sin más formas de proceso que se pusiera en tutela á sus autores; como, no obstante, á pesar de la locura visible de estas obras, los «comprensivos» ya conocidos se obstinan en descubrir en ellas «lo porvenir», «nuevas excitaciones nerviosas» y bellezas de clase misteriosa, y en presentarlas á los papanatas boquiabiertos como revelaciones del genio, no es superfluo consagrarles un breve examen.

Una porción no muy grande de misticismo lleva á la fe, una más grande necesariamente á la superstición, y cuanto más el pensamiento es confuso y está desequilibrado, tanto más insensata será la naturaleza de la superstición. En Inglaterra y en América, ésta toma de ordinario la forma del espiritismo y de la fundación de sectas; histéricos y desequilibrados reciben inspiraciones divinas y se echan á predicar ó á predecir, ó bien conjuran á los espíritus y andan en trato con los muertos; los cuentos de aparecidos comienzan á ocupar un sitio considerable en la literatura de ficción de Inglaterra y á representar en los periódicos de ese país el papel de llenar los huecos que antes correspondía en los periódicos del continente á la serpiente de mar y al buque fantasma. Se ha formado una sociedad que no tiene otro objeto sino coleccionar cuentos de aparecidos para poner en claro su realidad, y hasta de sabios de renombre se ha apoderado el vértigo sobrenatural y llevan su condescendencia hasta servir de garantía á las aberraciones más estúpidas.

También en Alemania ha tenido acceso el espiritismo, pero, en suma, hasta ahora ha conquistado poco terreno. Puede que haya en las grandes ciudades algunas pequeñas sociedades espiritistas; la expresión inglesa *trance* se ha hecho tan familiar para algunos desequilibrados que la han traducido en alemán por *trans*, imaginándose verosímelmente, con la etimología popular, que significaba «más allá», mientras que es en realidad la palabra inglesa que designa el «éxtasis», es decir el estado en el cual tiene que encontrarse, con arreglo á la hipótesis de los espiritistas, el *medium* que entra en comunicación con el mundo de los espíritus; pero el espiritismo ha ejercido aún poca influencia sobre nuestra literatura. Abstracción hecha de los últimos románticos caídos en infancia, singularmente de los autores de tragedias que se fundan sobre la idea de la «fatalidad» (*Schicksalstragædien*), pocos escritores se han atrevido á introducir en sus creaciones lo

sobrenatural de otro modo que bajo la forma de símbolo; á lo sumo si, en Enrique de Kleist y en Justino Kerner, adquiere una cierta importancia, y los lectores sanos no consideran esto como una ventaja para los dramas del autor infortunado de *La Batalla de Hermann* y para *La Vidente de Prevorst*, del poeta de Suabia. Por otra parte, conviene observar que el elemento espectral ha valido precisamente á estos dos escritores, en estos últimos tiempos, en la opinión de los degenerados y de los histéricos alemanes, como un renuevo de juventud y de favor. Maximiliano Perty, que vino evidentemente antes de tiempo, no encontró por parte de la generación todavía insuficientemente embrutecida que precedió á la nuestra, con sus voluminosos tomos sobre las apariciones de los espíritus, sino una atención rara y más bien burlona; y entre los contemporáneos, no hay apenas más que el barón Carlos du Prel que se haya hecho una especialidad del mundo de los fantasmas en sus escritos teóricos y en sus novelas. Bien mirado, nuestras obras dramáticas y narrativas no abundan todavía en duendes y fantasmas, sino apenas lo bastante para poner carne de gallina á una colegiala, y en los escritores eminentes del extranjero conocidos en Alemania, en Tourgueneff, por ejemplo, no son tampoco los cuentos de apariciones los que atraen al lector alemán.

Los escasos videntes que tenemos por ahora en Alemania tratan también, como es natural, de dar á su perturbación de espíritu un barniz científico, y se apoyan para esto en la autoridad de algunos profesores de matemáticas y de ciencias naturales, quienes, al decir de ellos, están completamente de acuerdo con ellos, ó por lo menos se inclinan en parte á ellos. Pero no cuentan en suma más que con el único Zoellner, que ofrece sencillamente la triste prueba de que el profesorado no preserva de la locura, y pueden acaso invocar aún notas de ocasión de Helmholtz y de otros matemáticos sobre las dimensiones n (un número cualquiera), que de propósito ó por

debilidad de espíritu místico han comprendido mal. El matemático puede, en un problema analítico, poner en lugar de una, dos ó tres dimensiones, dimensiones n , sin que esta substitución cambie en nada la ley del problema ni sus derivaciones regulares; pero no le pasa por las mientes representarse á sí mismo bajo la expresión geométrica «enésima dimensión» alguna cosa que esté dada en el espacio y susceptible de ser experimentada por los sentidos. Cuando Zoellner, con el ejemplo conocido de la vuelta del revés de la rodaja de caucho que, porque no es posible más que en la tercera dimensión, tenía que parecer absolutamente inimaginable y sobrenatural á un ser bi-dimensional, cree facilitar la comprensión de la formación de un nudo en un anillo cerrado como una acción que ha de ejecutarse en la cuarta dimensión, ofrece sencillamente un ejemplo más de la tendencia conocida del místico á hacerse ilusiones él mismo y á engañar á los demás, con palabras que parezcan significar alguna cosa y que un imbécil también de ordinario está convencido de que comprende, pero que en realidad no expresan ninguna idea y no son, por consiguiente, sino vanos sonidos desprovistos de significación.

Francia es la que está en vías de llegar á ser la tierra prometida de la creencia en las apariciones. Los compatriotas de Voltaire han ganado ya la delantera á los devotos anglo-sajones en lo que respecta á lo sobrenatural. No me refiero al decir esto á las clases populares inferiores en las cuales *La Llave de los Sueños* nunca ha dejado de ser, junto con el Almanaque y á veces el *Parroquial*, el único libro de la casa; ni á las bellas damas que en todo tiempo han asegurado á las sonámbulas y á las echadoras de cartas brillantes ingresos, sino tan sólo á los representantes varones de las clases ilustradas. Hay docenas de sociedades espiritistas que cuentan millares de miembros; en muchos salones de la mejor sociedad (mejor también en el sentido de la más ilustrada) evocan á los

muertos; una revista mensual, *La Iniciación*, expone con tono profundo y prodigando los tecnicismos filosóficos y científicos, la doctrina esotérica de las maravillas de lo ultra-terrestre; una revista que no sale más que cada dos meses, *Los Anales de las ciencias psíquicas*, se titula «Colección de observaciones y de experiencias». Al lado de estas dos revistas, las más importantes, existe aún toda una serie de otras de semejante tendencia y todas ellas están muy difundidas; trabajos absolutamente especiales sobre el hipnotismo y la sugestión tienen múltiples ediciones, y ha llegado á ser una especulación fructífera para los médicos desocupados, que se inquietan poco por la opinión de sus colegas, el recopilar sobre este tema manuales desprovistos, es cierto, de todo valor científico, pero que los profanos compran como si fueran pan bendito. Aparte raras excepciones, las novelas en Francia no tienen ya salida; pero libros sobre fenómenos oscuros de la vida nerviosa se venden brillantemente, hasta tal punto que editores hábiles dan á los autores desesperanzados el consejo siguiente: «Déjese usted por ahora de novelas y escriba sobre el magnetismo».

Algunos de los libros publicados en estos últimos años en Francia sobre la magia se ligan directamente á los fenómenos del hipnotismo y de la sugestión: por ejemplo, *Los estados profundos de la hipnosis*, de A. de Rochas, y *Rasgos de luz*, «investigaciones físicas dedicadas á los incrédulos y á los egoístas» de C. A. de Bodisco. Varios observadores han deducido de esto que los trabajos y descubrimientos de la escuela de Charcot han dado la impulsión á todo ese movimiento; el hipnotismo, dicen sus partidarios, ha arrojado la luz sobre tantos hechos asombrosos que no se puede ya continuar por más tiempo á poner en duda la exactitud de ciertas tradiciones, creencias populares y cuentos antiguos que hasta aquí se consideraban como invenciones de la superstición: posesión, hechizos, doble vista, curación por la imposición de las manos, pro-

fecias, comercio espiritual á la distancia más grande sin intervención de la palabra, han sido objeto de una nueva interpretación y han tenido que ser reconocidos como posibles. ¿Qué hay más natural, pues, que espíritus de equilibrio poco firme é insuficientemente preparados desde el punto de vista científico, hayan llegado á ser accesibles á lo maravilloso que se habían negado á creer mientras lo consideraban bueno únicamente para cuentos de niñera, al verlo presentarse con el traje de la ciencia y al encontrarse, por el hecho de creer en él, en compañía de la sociedad más escogida?

Por muy plausible que parezca este modo de ver, no deja de ser menos falso; coloca el arado delante de la yunta; confunde la causa con el efecto. Ningún hombre completamente sano de espíritu ha sido conducido por las experiencias de la nueva ciencia hipnótica á la creencia en lo maravilloso. En otros tiempos, no se había fijado la atención en los fenómenos oscuros, ó habían de propósito cerrado los ojos ante ellos, porque no se les podía adaptar á los sistemas reinantes y se les consideraba por este motivo como pamplinas ó engaños. Desde hace doce años, la ciencia oficial toma conocimiento de ellos y los tiene en cuenta en las Facultades y Academias; no se le ocurre sin embargo ni por un momento, considerarlos como sobrenaturales ni sospechar detrás de ellos la acción de fuerzas ultra-terrestres, sino que se les clasifica junto con todos los demás fenómenos naturales accesibles á la observación de los sentidos y determinados por las leyes generales de la naturaleza. Nuestro conocimiento ha ensanchado sencillamente su marco y aceptado un orden de hechos que antes habían quedado fuera de él; muchas acciones de la hipnosis son explicadas de un modo más ó menos satisfactorio; otras no lo son de modo alguno; pero un espíritu serio y sano no concede á esto gran importancia, puesto que sabe que no se va lejos en la pretendida explicación de los fenómenos y que la ma-

yor parte de las veces tenemos que contentarnos con determinarlos de una manera segura y con conocer sus condiciones inmediatas. Tampoco está averiguado que la nueva ciencia haya agotado su objeto y llegado á su límite; pero sea cualquiera lo desconocido y lo sorprendente que pueda dar á conocer, no es dudoso para el espíritu sano que se tratará siempre de cosas naturales y que las leyes elementales de la física, de la química y de la biología no pueden ser conmovidas por estos descubrimientos.

Si, pues, ahora tantas gentes interpretan los fenómenos de la hipnosis como sobrenaturales y abrigan la esperanza que el conjuro de los espíritus de los muertos, los viajes aéreos sobre el manto mágico de Fausto, la onmisciencia, etc., no tardarán mucho en ser artes tan corrientes como la escritura y la lectura, no son los descubrimientos de la ciencia los que les han conducido á esta ilusión, sino que la ilusión existente se considera feliz por poder darse como ciencia. Lejos de ocultarse, como en otros tiempos, esa ilusión se presenta en la calle del brazo de profesores y académicos; M. Paulhan ha comprendido esto perfectamente: «No es simplemente el amor por el hecho positivo, dice, lo que ha arrastrado á los espíritus; ha habido seguramente una especie de desquite del amor por lo maravilloso, de deseos en otros tiempos satisfechos y que, comprimidos en la actualidad, dormitaban no confesados en estado latente. La magia, la brujería, la astrología, la adivinación, todas estas antiguas creencias corresponden á una necesidad de la naturaleza humana, la de poder obrar fácilmente sobre el mundo exterior y sobre el mundo social, la de tener, por medios relativamente cómodos, los conocimientos requeridos para que esta acción sea posible y fecunda ¹». La superstición, brotando con tanta impetuosidad no tiene,

¹ Fr. Paulhan, *El nuevo misticismo*, París, 1891, pág. 104.

en modo alguno, su fuente en las investigaciones hipnológicas, sino que sencillamente se lanza en el canal abierto por éstas. Ya hemos hecho notar aquí repetidas veces que los desequilibrados adaptan siempre sus delirios á las ideas reinantes y se apoderan con predilección, para explicarlos, de los más recientes descubrimientos de la ciencia; todavía estaban muy lejos los físicos de ocuparse de magnetismo y de electricidad, cuando ya los enfermos que padecían delirio de persecuciones referían de un modo ordinario sus sensaciones desagradables y sus alucinaciones á corrientes eléctricas ó á chispas que sus perseguidores lanzaban sobre ellos á través de las paredes, los techos y los pisos; y en nuestros días, los degenerados fueron igualmente los primeros en apropiarse los resultados de las investigaciones hipnológicas y en emplearlos como pruebas «científicas» de la realidad de los espíritus, de los ángeles y de los demonios. Pero la fe en lo maravilloso, ya la tenían antes los degenerados; es uno de sus rasgos característicos ¹, y no son las observaciones de los hipnólogos de las escuelas de París y de Nancy, las que la han creado.

Si hubiera necesidad de otra prueba en apoyo de esta afirmación, se la encontraría en este hecho que la mayor parte de los «ocultistas», como ellos mismos se llaman, evitan, en sus tratados de las artes mágicas y de las ciencias maravillosas, apoyarse sobre los resultados de los ensayos hipnológicos, y sin ningún pretexto de modernismo, sin ninguna concesión á la honrada ciencia, retroceden directamente á las más antiguas tradiciones. Papus (seudónimo del Dr. Encausse) escribe un *Tratado metódico de ciencia oculta*, enorme volumen en 8.º de 1.050 páginas con 400 figuras, que introduce al lector en la kábala, la magia, la necromancia y la quiromancia, la astrología,

¹ Legrain, *op. cit.* pág. 175. «La necesidad de lo maravilloso es casi fatal en estos débiles de espíritu.»

la alquimia, etc., y al cual un viejo erudito, no desprovisto de mérito, Adolfo Franck, del Instituto, ha tenido la imprudencia de juntar un largo prefacio elogioso, probablemente sin haber siquiera abierto el libro. Estanislao de Guaita, que los adeptos reverencian tímidamente como el maestro por excelencia en materia de arte mágico y como archi-hechicero, publica dos tratados: *En los umbrales del Misterio* y *La Serpiente del Génesis*, de una profundidad obscura al lado de la cual Nicolás Flamel, el gran alquimista que ningún mortal ha comprendido nunca, parece claro y transparente como el cristal. Ernesto Bosc se limita á la doctrina de la brujería de los antiguos egipcios; su libro: *Isis descubierta ó la Egiptología sagrada*, tiene como subtítulo: «Jeroglíficos, papyrus, libros herméticos, religión, mitos, símbolos, psicología, filosofía, moral, artes sagradas, misterios, iniciación, música». Nehor tiene igualmente su especialidad; del propio modo que Bosc descubre los misterios egipcios, Nehor revela los misterios asirio-babilonios; *Los Magos* y *El Secreto mágico*, tal es el título del modesto folleto en el cual nos inicia á las brujerías más profundas de los *mobeds* ó templarios caldeos.

Si no me extendo más largamente acerca de estos libros, que han encontrado lectores y admiradores, es que no estoy convencido de que sean serios; sus autores leen y traducen tan de corrido textos egipcios, hebreos y asirios que ningún orientalista de profesión ha descifrado todavía; citan tan frecuente y tan abundantemente libros que no se encuentran en ninguna biblioteca del mundo, dan con un aspecto tan intrépido instrucciones minuciosas para despertar á los muertos, mantener la juventud eterna, ponerse en relación con los habitantes de Sirio, profetizar más allá de todos los límites de tiempo y de espacio, que no puede uno dejar de sentir la impresión de que se han propuesto burlarse á sangre fría del lector.

Uno tan solo de todos estos maestros en hechizos es

seguramente de buena fe, y como es á la vez, con mucho, el más considerable de todos ellos bajo el punto de vista intelectual, quiero ocuparme algo á fondo de él. Se trata de M. Josephin Peladan. Se ha atribuido á sí mismo el título real asirio de «Sar», con el cual es generalmente conocido; sólo los poderes públicos no le dan este título, pero es que éstos no reconocen en Francia ninguna nobleza. Peladan afirma que descende de los antiguos magos y que posee todos los legados intelectuales de Zoroastro, de Pitágoras y de Orfeo; es además el heredero directo de los Templarios y de los Caballeros de la Cruz-rosa y ha fundido en una las dos órdenes que ha hecho revivir bajo la nueva forma de «orden de la Cruz Rosa». Viste arcaicamente un jubón de raso azul ó negro; sujeta su cabellera y su barba negras maravillosamente abundantes á las formas en uso entre los Asirios; emplea un gran tipo de escritura recta que recuerda, hasta no poder casi distinguirlos, la de la Edad Media; escribe de preferencia con tinta roja ó amarilla y en el ángulo de su papel de cartas hay dibujada, como marca distintiva de su dignidad, una corona real asiria con los tres relieves serpentinos abiertos por delante; tiene por armas el símbolo de su orden: sobre un escudo dividido de negro y de plata, un cáliz de oro y encima una rosa púrpura con dos alas desplegadas y cimentada por una cruz latina de negro de blasón; el escudo está coronado por una diadema con tres pentágramas á guisa de puntas. M. Peladan ha nombrado toda una serie de comendadores y de dignatarios de su orden (grandes priores, arcontas, estetas), que cuenta además los postulantes y gramáticos ó alumnos; posee un traje especial de gran maestro y de Sar (Alejandro Seón ha hecho su retrato de cuerpo entero, vestido con este traje) y un compositor que forma parte de las órdenes ha compuesto para su uso un himno que ha de ser tocado á su entrada en las circunstancias solemnes. Emplea fórmulas extraordinarias: califica sus cartas de «mandamientos»;

llama á las personas á las cuales las dirige ó «magnificas» ó «pares» y á veces también «muy querido adelfo» ó «sinoedo»; no les dice «Señor» sino «Vuestra Señoría»; el principio dice: «Salud, luz y victoria en Jesucristo, el sólo Dios, y en Pedro, el sólo rey»; ó bien: *Ad Rosam per Crucem, ad Crucem per Rosam, in eâ, in eis gemmatus resurgam*, lo cual es al mismo tiempo el lema de la orden de la Cruz-Rosa; al final se lee de ordinario: *Amen. Non nobis, Domine, non nobis, sed nominis tui gloriae sake*. Escribe el nombre de su orden con una cruz intercalada en el medio, de este modo: Rosa † Cruz; califica sus novelas de «ethopeas», á él mismo de «ethopoea», á sus dramas de «wagnerias» y el resumen de su contenido de «eumolpeas».

Cada uno de sus libros está adornado con una gran cantidad de imágenes simbólicas; la que se reproduce con más frecuencia es una viñeta mostrando sobre una columna una forma acurrucada, con cabeza de mujer exhalando llamas y con pecho de mujer, garras de león y la parte trasera de una avispa ó de una libelula terminando en un apéndice semejante á una cola de pescado. La obra misma va siempre precedida de algunos prefacios, introducciones é invocaciones, y con frecuencia seguida también de páginas del mismo género. Tomo como ejemplo el libro titulado: *Cómo se llega á ser Mago*¹. Después del doble título adornado con un gran número de imágenes simbólicas (toros alados asirios, la rosa-cruz mística, etc.), viene una larga dedicatoria «al conde Antonio de la Rochefoucauld, gran prior del Templo, arconta de la Rosa † Cruz»; luego hay en latín una «oración de Santo Tomás de Aquino, muy propia para premunir al lector contra los errores posibles de este libro»; luego un «elénctico» que encierra una especie de profesión de

¹ Sar Mérodack J. Peladan. *Anfiteatro de las ciencias muertas, Cómo se llega á ser Mago*. Ética. Con un retrato pintoresco grabado por G. Poirel, París, 1892.